



No era un hombre que atrajera. Vestía de negro, usaba gafas de marcos oscuros, su cabeza de tez morena, estaba peinada en forma simétrica, pero bajo el bigote atildado, bullía como espuma, su risa. Un sonar fresco, sano, que contagiaba y abría un filón en su existencia austera, oscilante entre una moral hermética, masoquista y el desborde momentáneo por las amplias laceras del amoroso pasional, de la euforia junto a un vaso de vino.

No recuerdo cuándo nos hemos conocido, pero estoy seguro de que durante muchos años pasamos de cerca, mirándonos con esa hostilidad de los canes que buscan los mismos huesos, sin saludarnos. El escribía crónicas literarias en algunos diarios de Concepción, yo publicaba mis primeros libros. Apenas nos separaban unos dos años de edad. Después, no recuerdo cuándo, llegó a mi casa en una muy helada noche de invierno. Eran más o menos las 23 horas y yo estaba en mi rústico escritorio. Aldo Torres Pila venía de una agitada sesión del Sindicato de Escritores, una asamblea que yo mismo había presidido horas antes, pero como él se quedó deambulando por las fuentes de soda de la época, oyd comentarios tan feos que le expusieron. Era más cálido que yo en lo que atañe a la vida literaria o sociaria de los escritores.

El poeta venía del sur, saliendo de una soledad amarillada y carca de la fe en el contacto humano, en la mano que al estrecharse, borra una ofensa, en los ojos que se abren y muestran un futuro, en la voz que a veces actúa como báculo. Su idea de llegar hasta mi casa sin ser un amigo íntimo, al sospechar la posibilidad de un escape andalámico con el cual se encontraba familiarizado, me llegó al corazón y nunca pude olvidarlo. Lentamente, iniciamos una amistad silenciosa, sin aspavientos pero profunda, de esas ligaduras propias de los temperamentos considerados difíciles y que siempre resultan más reciosamente unidos a los seres humanos que a los cosas, por muy hipotécables que estas últimas sean. Esta misma amistad condujo al conocimiento de su segunda mujer, Teba Bronstein.

Evoco a una persona delgada, fina, con el pelo claro, cortado como el de un muchacho, de cara triguera, que llamaba al poeta por su diminutivo, acaso para compensarlo



El poeta enlutado

de sus antiguos dolores o para esquivar, meritoriendo de anónimo, sus confusiones mentales, el apuro a la huida desconfiada. "Teba le limó la 'pela' a Aldo Torres", le oí decir en cierta ocasión al novelista Nicomedes Guzmán, a la vez que entonaba la voz con su socarronería habitual y sin duda tenía razón. Pero este ambiente de dicha, no duró mucho. Teba que se encontraba en plena vitalidad y que acababa de regresar todavía más su hogar y exterior al primer plano la honda ternura del poeta con un hijo, enfermedad de cuidado. Aldo Torres cuya vista cultural no podía excluir el peligro que se aproximaba, me intimó una vez, cuando

en mi fuero íntimo, informado por el mismo de los tratamientos médicos a que habían sometido a su mujer, no me cabía duda del horror que se le venía encima: "Por suerte no es lo otro; si fuera lo otro, habría que pensar en suicidarse". Era, como siempre sucede, "lo otro" que avanzaba a paso de gigante.

Al poco tiempo, el hogar del poeta se desfiló. Aldo Torres que había vivido en Buenos Aires y Montevideo, resolvió irse a España y reunirse con Teba en Italia o Francia, si ella lograba viajar con alguna misión encomendada por la entidad internacional donde laboraba. Una noche llegó a nuestra casa Teba, sola, insepura, triste. Su dolencia no había disminuido y comenzaba a perder sus ingresos espasmos que no animaba ni la más extrema adversidad: los cigales sobre nuestra cabeza. Su marido navegaba en un barco saliendo y le había enviado una carta deprimente desde el caldero del Trópico; la biblioteca del ávido coleccionista estaba en venta. Había que irse, buscar otro cielo como los pájaros migratorios, en pos de la vida o de la muerte. Esa noche mi mujer y yo acompañamos a Teba hasta una casona donde se alojaba en el barrio Nafos y al estrechar su pequeña mano tuvimos la certidumbre de que lo hacíamos por última vez. Pero, sin embargo, algún tiempo antes de que comenzaran las noticias dolorosas, Aldo Torres se vinculaba en Madrid, recorría los lugares históricos, se instalaba en los museos, cabía financia-

te a los literatos nobles, como en todas partes del mundo, se perdía en los mercados prodigiosos de libros viejos. Basta que en carta del 4 de abril de 1959, nos dice: "Hey, hace justamente siete días que Teba dejó de existir. Fue el sábado pasado (28 de marzo), a las 23.30 horas. Había pasado con su hermana Elda a Buenos Aires el 17 de febrero; medida adoptada en previsión de lo imprevisible que se acercaba a grandes trancos. Perdióseme no haber comunicado antes; recién salgo un poco del aturdimiento. En otra explicaré. ¿Se que ustedes sienten como yo?"

El poeta se radicó en Londres y desde allí empezaron nuevamente sus cartas, sus postales con efígies de grandes escritores, sus encargos de extraños datos bibliográficos. La vida en Londres era dura, no era factible una misión cultural bien remunerada; nadie se imagina que un poeta de verdad pueda convertirse en diplomático, ni siquiera en algo aproximado a esos menesteres. Hasta que el 10 de noviembre de 1960, nos dice: "Yo espero decidir en diciembre el rumbo de mi destino, así entre la Panca y el Alto Nuevo..."

Pero el hombre dice "yo espero decidir el curso de mi destino", y viene el destino, el azar, la casualidad oculta y decide por su cuenta. Un día llegó a mi casa una persona que anunció llamarse Nerary Castillo (el nombre civil de Aldo Torres era Adiel Castillo Verdaguer) y que tenía un encargo urgente para transmición. Nos encontramos ante un varón maduro, también moreno que llevaba una corbata de rosa negra; pero no insistimos nada, hasta que nos dijo la triste noticia: Aldo Torres había muerto atropellado en una calle de Londres; en su bolsillo llevaba una carta nuestra con la dirección del residente y se nos indicó entre sus posibles referencias chilenas. El hombre, de voz suave y amable, de dientes también muy blancos, se sonó frente a nosotros y midió la progresión de nuestra pena. El poeta era el hijo mayor de una vasta familia sureña; su padre fue un pastor evangélico, un autodidacta que aprendió a leer después de los 30 años; su madre, era una mujer de capital, de ideas y pómulo años que trataba a sus hijos con un tataral respeto. Nunca dejó de hablarlos de amor. Aldo fue un rebelde al padre que predicaba y quería imponer su voluntad como un Jehová de la Proseza, y obtuvo, en cambio, la predilección de su madre. Era, a pesar de sus rebeldías, tímido y carca de todo sentido pélico. "Yo me agrégó el hermano: sabía que tarde o temprano iba a recibirlo en mi casa, quise si para siempre".

Frente a mí la voz afable, con esa dulzura en la garganta hecha para hablar a los niños, a los pobres, a los enfermos, siguió contando recuerdos. La primera mujer de Aldo murió de tuberculosis y le siguieron muy pronto sus hijas pequeñas. El poeta se asió y vivió de luto más de diez años. En Londres, cuyo tránsito es distinto al nuestro, gozaba a un grupo de tataras chilenos, a unos retoños de gente muy adinerada...

LUIS MERINO REYES

Aldo Torres Pila, poeta de la Frontera sureña, nació en 1910 y falleció en 1960. Es autor de "Indignos viajeros", 1953; "Carbón", 1960; "Memoria permanente", 1952; "Oscuro encarnado" 1955. Todos libros de poesía.

El poeta enlutado [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poeta enlutado [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile